

Brandon, uno más en el equipo

Versión literaria de **Adriana Chalela**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**



 **Kipatla**
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO



Versión literaria: Adriana Chalela

Ilustración: Enrique Torralba

Argumento original: Alicia Molina

Guion de la versión para televisión: Luis Carlos Fuentes Ávila,
para la Estación de Televisión XEIPN Canal Once del Distrito Federal.

Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Este texto fue elaborado en el Taller literario coordinado por el Maestro Agustín Monsreal.

Coordinación general: Alicia Molina Argudín

Coordinación editorial: Adriana González Méndez

Cuidado editorial:

Norma Romero Ibarrola

María Cristina Vargas de la Mora

Marta Llorens Fabregat

Felipe de Jesús Ávalos Gallegos

Carlos Sánchez Gutiérrez

Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega

Formación: Karla Ma. Estrada Hernández

Investigación de “Para que conozcas más...”:

Patricia Montes Balderas

Víctor Hugo Ruiz Vázquez

Primera edición: octubre de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, Col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo,

11590, México, D. F.

www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)

ISBN: 978-607-8418-04-6 (Brandon, uno más en el equipo)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido
en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

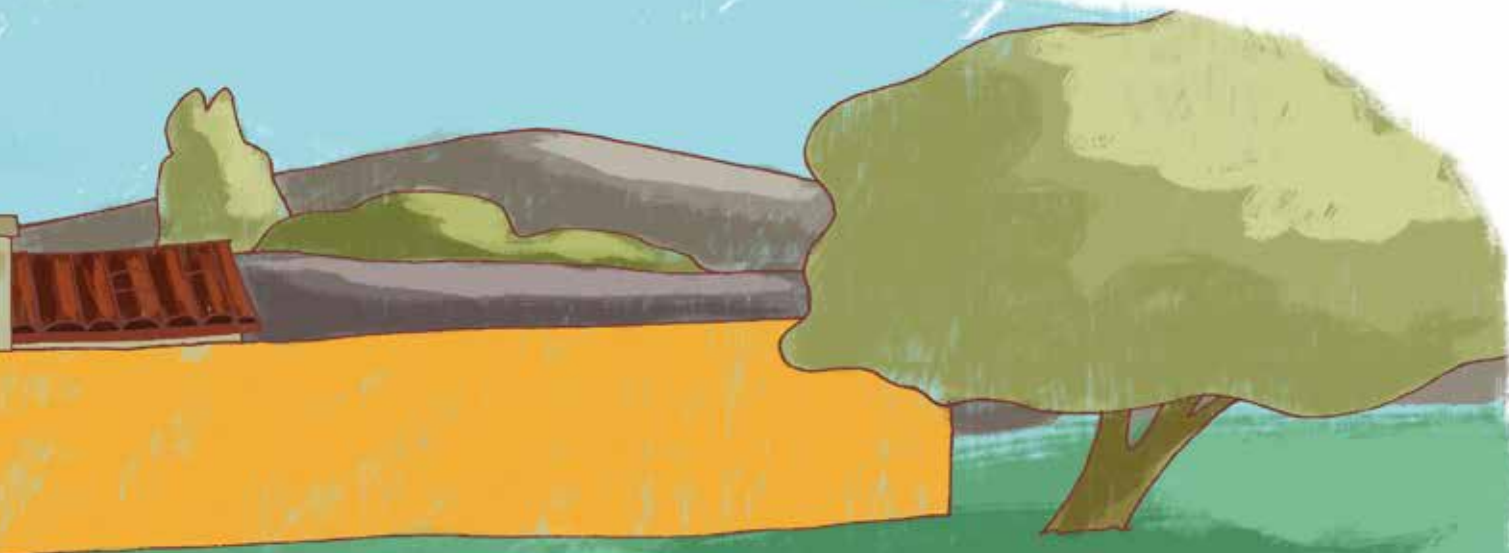
Brandon, uno más en el equipo

Versión literaria de **Adriana Chalela**

Ilustraciones de **Enrique Torralba**







Mudarse a Kipatla no ha resultado nada fácil para Brandon. Primero, los muebles de la nueva casa están acomodados distinto, y eso lo confunde. Segundo, se hace bolas para recordar en dónde está el baño y en cuál de los seis cajones del clóset se ocultan sus playeras de futbol. Tercero, y lo peor, ha tenido que dejar a sus amigos de toda la vida para venir a conocer a Toño, un niño muy poco amistoso que, en todo el camino hacia la Casa de la Cultura, donde entrena el equipo de futbol, no ha hecho sino darle la espalda, una espalda larga y huesuda.

Cuando llegan al Curso de Verano van directo a la oficina del entrenador.

—El niño nuevo va a estar en la banca, ¿verdad, profe?

Con sólo ver la expresión del maestro, Toño enmudece y se deja caer sobre el respaldo de la silla.

El entrenador anima a Brandon para que baje a la cancha con el resto de sus compañeros. Debe hablar a solas con Toño.

Dando vueltas alrededor de la cancha, Brandon respira fuerte para dejar salir el enojo. Si supiera el camino de regreso, se iría a su casa y le diría a su papá que Kipatla apesta.

Sobre el escritorio del entrenador hay dos carpetas y un tablero de ajedrez con las piezas detenidas a media partida. Después del fútbol, el ajedrez es su actividad favorita. No pierde ninguna oportunidad que se le presente para hablar de los beneficios de ambas: “el fútbol, lo mismo que el ajedrez, no sólo es un deporte, sino también una ciencia”, dice engrosando la voz.



Toño responde con una voz aguda:

—¡Ay sí! ¿A poco el Chicharito es científico además de futbolista?

El profesor sabe que ese tono de reproche de Toño no es gratuito, así que hace el tablero a un lado para poder escuchar con más atención sus quejas.

—¿Y bien? —pregunta.

Toño se arranca a reclamarle por haberlo mandado a buscar al nuevo compañero sin decirle de quién se trataba y, sobre todo, por aceptar a ese niño en el equipo, con todo y que

lo más seguro es que ni siquiera sepa jugar fútbol. El profesor Aldo contrarresta los argumentos de Toño preguntándole si acaso lo ha visto jugar. “Buen pase”, piensa Toño, preparándose para hacer un remate:

—Ay, profe, es obvio.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber por qué?

—Ay, pues porque es un... —duda un instante, toma aire y lo suelta— usted sabe, un retardado.

—Se llama síndrome de Down, Toño, no uses nombres ofensivos. Además, eso no significa que no sepa jugar. Antes de quejarte, dale una oportunidad; a fin de cuentas, yo les he dado una a todos ustedes y eso que cada uno se trae lo suyo.

—¡Ay sí! —lo interrumpe Toño, abriendo mucho los ojos—. ¿Cómo qué?

—¿Cómo qué? —repite el maestro—. Déjame ver...

Por ejemplo, Paco es el capitán del equipo, sí, muy hábil para animarlos y poner orden, sólo que a veces se pasa de la raya y los presiona de más. Rogelio siempre les gana a correr a los defensas, aún así, muy seguido se avienta sin ton ni son. Y tú eres rápido y hábil con el balón, muy bueno para la ofensiva, pero no para jugar en equipo, ése es tu coco.

—Pues sí, pero...

—Pero nada, ¡a la cancha! —concluye el profesor, sabiendo que ha dejado a Toño en jaque.



—¡Bájale, Roger! ¡Menos carrera y más pases! —grita Paco, a quien defender la portería no le impide ser también el capitán.

Al ver a Brandon rondando alrededor de la cancha, supone que se trata del nuevo compañero, así que lo saluda y se acerca.

—¿Sabes jugar? —las preguntas de Paco siempre son tiros directos.

Brandon sólo levanta los hombros.

El capitán del equipo no puede ver a un jugador quieto, mucho menos desanimado, por eso le lanza un pase suave y dice:

—¿Entonces qué? ¿Sabes o no sabes?

Brandon toma aire antes de atajar el balón:

—Observa y aprende.

Después del entrenamiento, mientras espera a su mamá, Brandon repasa algunos de los ejercicios de la mañana. Durante la clase, las risitas y los murmullos de sus compañeros lo pusieron nervioso y, al tratar de hacer “los ochos”, el balón se le escapó una y otra vez. “Las piernas separadas y la espalda doblada”, repetía en voz baja, recordando las palabras del profesor. Luego, comenzaba con la pierna izquierda, la más hábil, pero sólo lograba hacer cuatro ochos sin que se le rodara el balón.

Durante el regreso, su mamá le explica con detalle la ruta que va de la Casa de la Cultura a su casa. Lleva un mapa dibujado en una hoja y, conforme avanzan, le va señalando el lugar donde se encuentran.



Al llegar, Brandon le ayuda a su mamá a desempacar una caja, mientras le cuenta que en el ejercicio por parejas resultó ser el más fuerte.

—Hice equipo con el profesor Aldo —dice emocionado—; tenía que detenerlo de los hombros mientras él me empujaba.

—¿Y luego? —pregunta su mamá, interrumpiendo por un momento el ir y venir del sacudidor.

—Pues no pudo y, cuando me tocó empujarlo, ¡logré sacarlo de la cancha y todos aplaudieron!

—¡Qué bien, fortachón! ¡Eso habrá que celebrarlo con un buen pozole!
—decide su mamá, y Brandon se va saboréandolo camino a la regadera.

Al salir de bañarse, descubre que su mamá ya pegó sobre los cajones de su clóset las fotos que lo ayudan a recordar dónde está cada prenda. Se viste despacio, se peina con una buena cantidad de gel y sale.

—¿Ya les diste de comer a las tortugas? —pregunta la señora, de pie junto a la puerta.

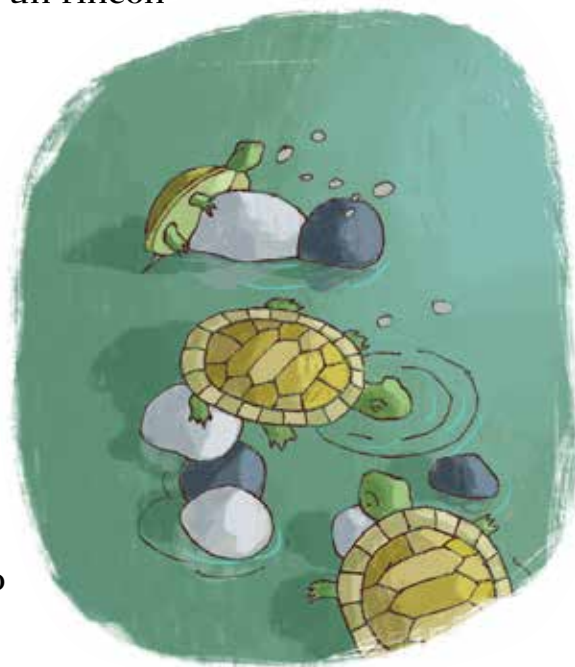


—¡Oh, oh! —Brandon da media vuelta y se enfila de regreso a su recámara.

A Messi, Ronaldo e Iniesta parece no haberles afectado la mudanza; sus pequeñas tortugas japonesas chapotean con ganas. Messi da vueltas de un lado a otro de la cancha-pecera que Brandon les fabricó pegándole por fuera a su pecera un trozo de cartulina verde con el dibujo de un campo de fut. Ronaldo echa machincuepas de gusto, anticipando la llegada de la comida. Iniesta se hace a un lado para dejar pasar a Messi y luego busca un rincón para comer tranquila.

Antes de tenerlas, Brandon pensaba que todas las tortugas eran iguales a las de los libros: calladas y asustadizas. Después, a fuerza de cuidarlas diario, descubrió que cada una tiene su propia personalidad. Unas son compartidas y amistosas, le hacen lugar a las compañeras; otras son muy tranquilas y no se enteran de nada; y también las hay muy latosas, como Toño, su compañero de equipo.

—¡Listo! —sale Brandon corriendo, decidido a comerse un buen plato de pozole rojo.



La clase del martes da inicio entre saltos, sentadillas y carreritas en zigzag sorteando conos, y justo cuando el profesor anuncia que va a comenzar el juego de práctica, lo llaman de la administración. Van a tener una junta.

—Pueden jugar “torito” —dice el maestro y le entrega el silbato a Paco.

—¿Qué es torito? —pregunta Brandon.

“Prrriit”, suena el silbato y Toño supone que, en ausencia del profesor, tendrá el campo libre para jugarle a Brandon una novatada.

Paco es el toro y le toca estar al centro, mientras sus compañeros toreros hacen pases que él debe atajar si quiere salir del ruedo. Jonathan a Daniel, Daniel a Rogelio y Rogelio de nuevo a Toño. Toño le guiña un ojo a Brandon para hacerle creer que quiere ayudarlo. Dispara un balonazo. Brandon dobla una pierna para protegerse y el balón, de rebote, le llega a Paco.

—Ahora Brandon es el toro —anuncia Toño, seguro de que a Brandon le costará mucho trabajo ganar el balón y será el torito un buen rato. Confía en que eso lo desanimará y quizá no regrese al día siguiente.

Durante la junta, el profesor Menchaca, director de la escuela, le dice al maestro Aldo que aprecia el gesto que tuvo con Brandon al invitarlo a participar en el torneo de futbol del Curso de Verano. El entrenador lo escucha en silencio, ya sabe que, después de la felicitación, vendrá un *pero*, y se dispone a escucharlo.

—Pero me temo que al final no resulte bien —anuncia el director—. Integrar a un niño con las características de Brandon supone un gran reto, ¿lo ha pensado, profesor?

—Desde luego —añade la maestra Alicia—. ¿Cómo le hará para entrenarlo?

—Igual que al resto —responde Aldo, muy seguro—, sacándole partido a sus cualidades y apoyándolo para superar sus limitaciones.

La maestra desconfía de la tranquilidad del entrenador. Supone que si se ha atrevido a invitar al niño es porque no tiene ni idea de lo que le espera. Ella, en

cambio, está convencida de que las personas que tienen características como las de Brandon deben acudir a instituciones de educación especial.

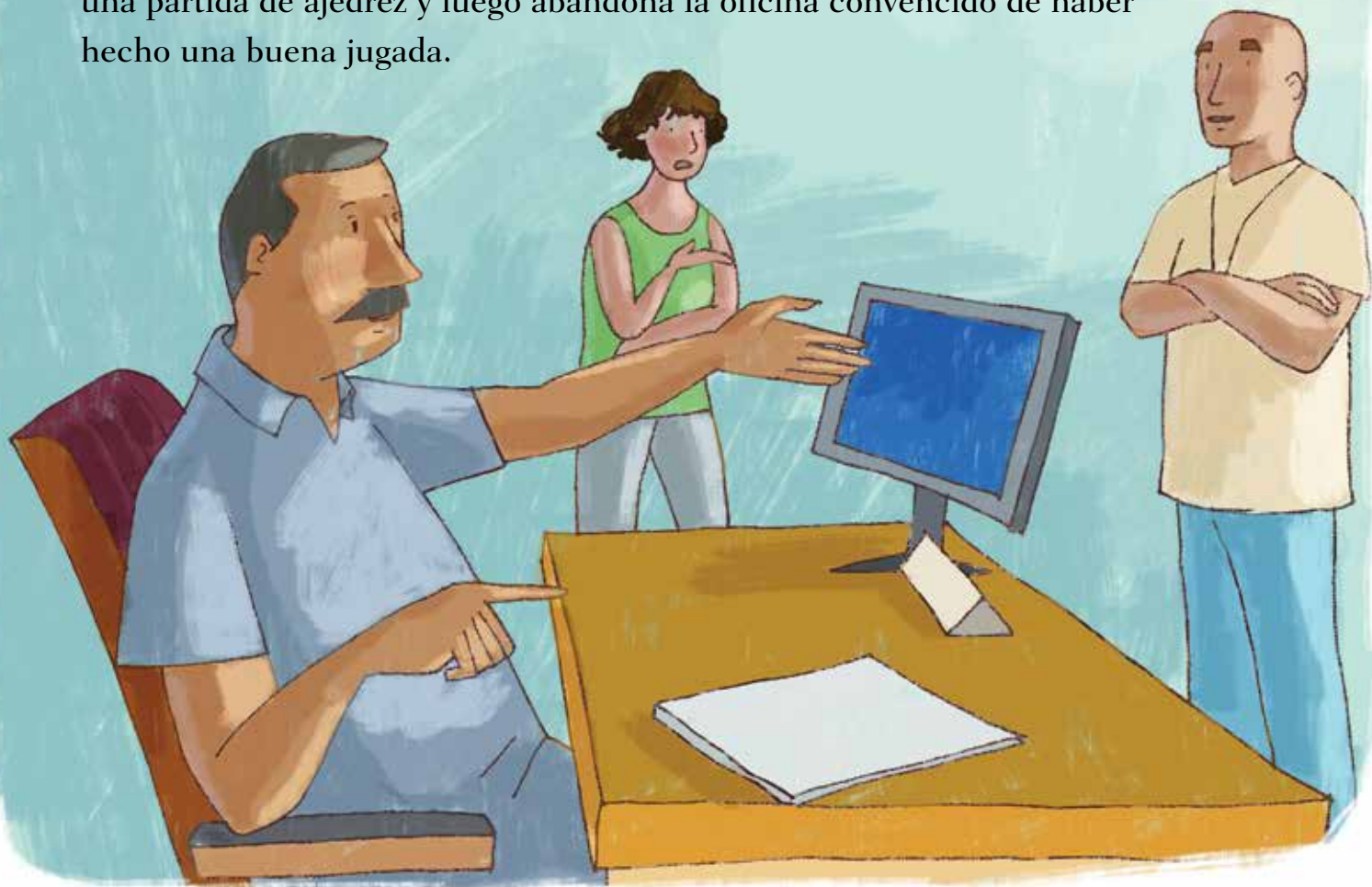
Como buen jugador, el profesor Aldo toma los comentarios de su colega con espíritu deportivo: escucha y sonrío.

—Es usted muy tolerante, profesor —insiste ella.

—No es tolerancia —aclara el entrenador—, sino aceptación.

La maestra Alicia se cruza de brazos y niega con la cabeza.

Antes de salir, Aldo le recuerda al profesor Menchaca que tienen pendiente una partida de ajedrez y luego abandona la oficina convencido de haber hecho una buena jugada.



Por la tarde, Brandon escucha su canción favorita en la radio, mientras ayuda a su mamá a guardar los cubiertos limpios en la cómoda de la sala. Ella comienza a moverse al ritmo de la melodía y tararea la canción. Cuando terminan, Brandon se empeña en mover la mesa de centro cerca de la ventana.

—Quiero que se vea igual que en la otra casa —insiste.

Su mamá le explica de nuevo que el espacio es diferente y eso no es posible.

—Ya te acostumbrarás, hijo. Dentro de muy poco, este acomodo también te va a gustar.

—Claaaro —refunfuña Brandon—, ¿sabes una cosa?

—¿Qué, hijo?

—¡Ni siquiera te sabes bien la canción! —protesta y apaga la radio.



Enfadado, se va a su recámara y barre con el brazo las figuras de acción que tiene sobre el escritorio. Se sienta en el suelo a respirar muy fuerte hasta que, poco a poco, se le va pasando el enojo. Comienza a levantar las figuras para alinearlas de nuevo. Se da cuenta de que falta el balón y lo busca dentro de una de las cajas que siguen empacadas.

Tan entretenido está, que apenas escucha la voz de su mamá avisándole que se va a una junta con su papá.

—Te dejé tus quesadillas en la cocina, hijito.
—Ajá.

—¡Ah! Y no te desveles.

—No, mamá.

Al llegar al fondo de la caja, descubre la enorme manta que pintó un año antes, la que anuncia con letras grandes: “Yo juego fútbol”, y se va a la cama pensando en dónde la colgará.

En la reunión con los maestros de la Escuela Rigoberta Menchú Tum, los papás de Brandon escuchan los motivos de los maestros para no aceptar a su hijo.

El director comienza explicándoles que su escuela nunca antes ha trabajado con niños que requieran ayuda especial, que los maestros no están preparados para atenderlos.

La profesora Alicia les confiesa que, si bien conoce las características de los niños con síndrome de Down, no tiene herramientas pedagógicas para ayudarlos.

—No sabría cómo hacerlo —dice.

—Entiendo —responde pensativa la mamá de Brandon—, y sé que tienen razón; sí requiere de apoyo.

—Exacto —asiente la maestra Alicia—. Lo estuve pensando y significaría hacer un plan de clases diferente al del grupo, más la elaboración de materiales



especiales, y lo que más me preocupa es desatender a los demás niños. Espero que comprendan.

—Entendemos —se inquieta el papá ante la negativa de la maestra—. Brandon aprende diferente y sabemos que incluirlo complica el trabajo en clase, pero también ustedes traten de entendernos. ¡Brandon tiene derecho a educarse, a estar con otros niños y niñas, a ir a la escuela!

Para suavizar el tono, la mamá les explica que ellos apoyarán a la escuela, tal y como lo han hecho en años anteriores. Para demostrárselos, saca de un portafolios algunos de los materiales que han elaborado para facilitar el aprendizaje de su hijo. Hay dominós, rompecabezas y una lotería para ayudar a Brandon a repasar vocabulario, las reglas de ortografía y las tablas de multiplicar.

—Además —añade la señora—, su maestra del año anterior ofreció venir a hablar con ustedes para compartir su experiencia y darles algunas recomendaciones prácticas. También pueden contar con nosotros para colaborar en lo que haga falta.

—Algo que descubrimos los años anteriores —continúa el señor, ya más tranquilo—, es que al buscar estrategias para explicar un tema de manera más sencilla, las actividades terminan siendo más interesantes para todos los estudiantes. A veces, hasta los niños y las niñas se ofrecen para ayudar y, al hacerlo, desarrollan nuevas habilidades.

La maestra Alicia guarda silencio. No estaba preparada para la insistencia del papá y la mamá de Brandon. Creía que sus argumentos bastarían para convencerlos de que buscaran una escuela de educación especial, no que la harían dudar.



El director propone a la maestra Alicia observar el desempeño de Brandon en las distintas actividades del Curso de Verano, para irse familiarizando con el chico.

—Sabemos que se ha integrado al equipo de futbol y que se está adaptando más o menos bien. Les propongo que nos reunamos de nuevo al terminar el curso. Entonces decidiremos —concluye el profesor Menchaca poniéndose de pie para acompañarlos a la puerta.

Con todo y que se le ha hecho tarde para el entrenamiento, Toño va todo el camino desepitando en contra del entrenador:

—¿Qué le pasa al profe? ¿Se le habrá olvidado lo importante que es para nuestro equipo ganar este torneo? Con trabajos llegamos a la final y ahora nos sale con el chiste de un nuevo integrante con cualidades escondidas y



limitaciones obvias. Cualquiera sabe que un niño así no puede hacer muchas cosas, en especial jugar fut.

Al llegar al campo, a Toño le late que algo anda mal. Primero que nada, ahí está Brandon; eso quiere decir que no se dio por vencido. Y segundo, sus compañeros, en vez de correr alrededor de la cancha, están sentados, cabizbajos, escuchando al profesor que sube y baja el dedo índice, el de los regaños. Según él no le echan ganas, aunque Toño sospecha que más bien está enojado porque se enteró de la novatada. “De seguro Brandon le fue con el chisme”, piensa, y eso le da un motivo más para desear que “el nuevo” se vaya del equipo. Pasados los cinco minutos reglamentarios que normalmente duran sus reclamos, el maestro da un silbatazo y comienza la práctica.

El primer ejercicio consiste en formar filas a ambos lados de la cancha y avanzar a lo largo de ésta lanzando pases de izquierda a derecha. Aunque Toño tiene la tentación de eludir a Brandon, su compañero en la fila opuesta, cambia de parecer en el último instante. No quiere darle motivos al profesor para regañarlo de nuevo. Además, se le ocurre que sería una buena forma de demostrarle, de una vez por todas, que aceptar a Brandon en el equipo ha sido una mala idea.

Comienza con pases cortos y suaves que Brandon responde sin dificultad. Poco a poco, se va dando cuenta de cuál es el lado flaco de su compañero:



la velocidad, y empieza a lanzarle algunos cañonazos, que Brandon no puede atajar. Ya está saboreando su victoria, cuando escucha el silbatazo del profesor:

—Mal, Toño, dije pases, no trallazos. A la banca.

Siguen los tiros a gol. Formados en fila india, los chicos toman turnos para patear el balón, mientras Paco se lanza a uno y otro lado de la meta. A Toño se le retuercen las tripas de coraje y los cinco minutos que dura el ejercicio se le hacen eternos.

Para terminar, el profesor coloca a Brandon en el centro de la cancha y les pide a sus compañeros que, por turnos, le hagan pases que él debe rematar.

Brandon se esmera tanto, que consigue ganarse algunos “ooohs” de sus compañeros, aunque no de Toño. Él se imagina haciendo un disparo tan bueno, que Brandon ni siquiera lo vería pasar.

Apurándose para llegar a tiempo a los talleres de la Casa de la Cultura, los chicos se despiden a la carrera. Brandon ha entrado a guardar los conos. Al salir, descubre que sólo queda Toño en la cancha, echado en el pasto, usando un balón como almohada.

—¿Quieres practicar un rato? —le pregunta Toño al verlo.

Y después de un breve silencio, Brandon responde:

—Va.

La noticia de que el profesor Aldo ha suspendido a Toño corre sin que nadie pueda detenerla. Por eso, antes de que den las nueve, ya están los chicos parados afuera de la oficina, esperando a que el entrenador termine de hablar



con su compañero. Pegando una oreja a la puerta, Paco escucha la conversación; así se entera de que su amigo le ha jugado a Brandon una broma pesada.

—Le aplicó la del balón relleno —les anuncia en voz baja a sus compañeros, formados detrás de él.

La del balón relleno es una broma que inventaron la vez que se ponchó el balón más viejo y se les ocurrió rellenarlo de piedras.

—¡Auch! —se queja Rogelio, nomás de acordarse de lo duro que es ese balón. La puerta se abre de sopetón y los chicos ponen cara de yo no fui.

—¿Ustedes espiando? ¡Qué raro! —dice el profesor y los invita a pasar—. Me imagino que ya saben lo del pie lastimado de Brandon y que Toño está castigado. ¡No jugará en la final!



Paco, en nombre de todos sus compañeros, le pide al entrenador que no suspenda a Toño, que lo deje hablar con él a solas y también ir a ver cómo está Brandon.

Falta muy poco para la final del torneo y no pueden quedarse sin dos jugadores.

El profesor se queda pensativo, mira a Toño, que no levanta la mirada del suelo. Los chicos suplican por una oportunidad. El profesor se hace un poco del rogar, pero al final accede, pues le parece que puede ser una jugada estratégica para integrar al equipo.

Cuando Paco, Jonathan y Rogelio llegan a casa de Brandon, lo encuentran sentado en el balcón de su recámara que da hacia la calle. Usando una pequeña red, limpia la cancha-pecera.

—¡Guau! ¡Están padrísimas tus tortugas! —trepándose al balcón, Rogelio se asoma para verlas—. ¿Puedo sacar una?

Brandon asiente y le pasa a Iniesta, mientras les explica que Messi es la más inquieta y que Ronaldo es una escapista profesional.

—¡Ah, pues entonces se parece a Jonathan! —dice burlonamente Rogelio—. ¡Él es famoso por sus escapadas a media clase!

Al escuchar las voces, la mamá de Brandon se asoma, los invita a pasar y les pregunta si quieren tomar algo. Antes de que puedan responderle, ya ha decidido que les llevará unos vasos de limonada. Les señala la recámara de su hijo y se va hacia la cocina.



—¿Y qué te pasó? —pregunta Roger, señalando el pie vendado de Brandon.

—¡Ay, Roger! En serio... —dice Paco a dos segundos de perder la paciencia.

—¡Ah! Sí es cierto —ríe Rogelio, y luego insiste—. Entonces qué, ¿le diste muy duro al Tata?

—¡Ya cállate, Roger! —lo interrumpe de nuevo Paco. Le urge saber cuándo volverá Brandon a la cancha, y eso es lo que pregunta.

—El doctor dijo que en dos o tres días.

—¡Qué bueno, porque nos queda muy poco tiempo!

Brandon sonrío a medias. Por un lado le alegra saber que podrá jugar en la final; por el otro, le da tristeza pensar que quizá no vaya a la escuela con ellos. Los chicos lo escuchan con atención. Entonces, Paco suelta la primera pregunta.

—¡¿No te aceptaron en la escuela?! —dice levantando la voz y obligando a Iniesta a esconder la cabecita dentro del caparazón.

Brandon sonrío al ver la reacción de su tortuga y se queda pensando en la pregunta de Paco antes de responder:

—Yo no sabía que a veces tú puedes querer ir a una escuela y la escuela puede no quererte —y al decirlo se le va borrando la sonrisa.

—¿En qué escuela? —pregunta Roger, necio con atrapar a Messi.

—¡Ay, Roger! ¿En qué escuela va a ser? ¡En la nuestra! —responde Jonathan.

—¿Y por qué no te aceptan? ¡Ah! —exhala Roger y luego hace una pausa incómoda.

—Ay, no seas menso —interviene Paco—, es porque los maestros saben que él aprende diferente y piensan que no le van a poder enseñar.



—¡Qué tontería! —opina Jonathan—. En mi escuela de antes había niños con síndrome de Down. También había un niño que necesitaba una pantalla especial para leer, y a mí me dejaban contestar los exámenes de matemáticas en hojas de cuadrícula, porque me pierdo en el espacio; bueno, no en el espacio sideral, sino en el de la hoja en blanco. Lo que quiero decir es queee... ¿qué era?

—¡Ay, Jonathan! —interviene Paco—, lo que quieres decir es que sí se puede.

—¡Exacto! —acepta Jonathan—, podemos aprender juntos aunque seamos diferentes.

—Oye, Brandon —continúa el capitán—, ¿y tu escuela de antes era como la nuestra? —insiste con la intención de encontrar la mejor jugada para ese problema.

—Pues sí. Una escuela muy parecida a la de ustedes. Con salones, patio, niñas y niños distintos.



—Pues entonces ya tienes experiencia —opina Jonathan—, sólo que quizá el director Menchaca no lo sabe. ¿Y si se lo dices?

—¡Ay, Jonathan! —protesta Paco—. Eso deben decírselo sus papás.

—Préstame tu manta, ¿no? —para variar, Rogelio lleva la conversación a un “fuera de lugar”. Ha descubierto la manta de Brandon sobre el escritorio y se le ocurre que sería buena idea animar la porra con esas enormes letras naranjas que dicen: “Yo juego futbol”.

Antes de que Paco tuviera tiempo de amonestar a Roger, se escuchan voces en el jardín llamando a Brandon. Son Daniel y Luis, que vienen escoltando a Toño. Se nota que lo traen a fuerzas. Toño se para bien derecho, toma aire y dice:

—Lo siento. No era mi intención lastimarte. Sólo quería hacerte una broma...

—¡Y también sacarlo del equipo! —respinga Jonathan.

Paco interviene para evitar una posible discusión y les recuerda que ahora deben concentrarse en ayudar a Brandon.

Beben la limonada y se despiden prometiendo regresar al día siguiente.

Durante los cuatro días que dura la convalecencia de Brandon, los chicos tienen tiempo de intercambiar estampas de futbol, poner a las tortugas a jugar un partido con un baloncito de unicel y hasta planear estrategias. Usando la cancha de cartón de la pecera y las figuras de futbolistas de Brandon, Paco les enseña tácticas y formaciones. Hasta Toño, sermoneado por su mamá y por Paco, pasa todos los días a saludarlo y, pese a su bien trazado plan de “nomás un ratito y me voy”, termina quedándose con el resto del grupo.

Más tarda Paco en enterarse de que el doctor ha dado de alta a Brandon, que en usar sus cualidades de líder para animar a su delantero a reintegrarse al equipo. Sabe que Brandon anda cabizbajo, pues aún no sabe si la escuela lo aceptará o no.

—¡Ándale!, ya dijo el doctor que estás listo para jugar. ¡Apúrate!

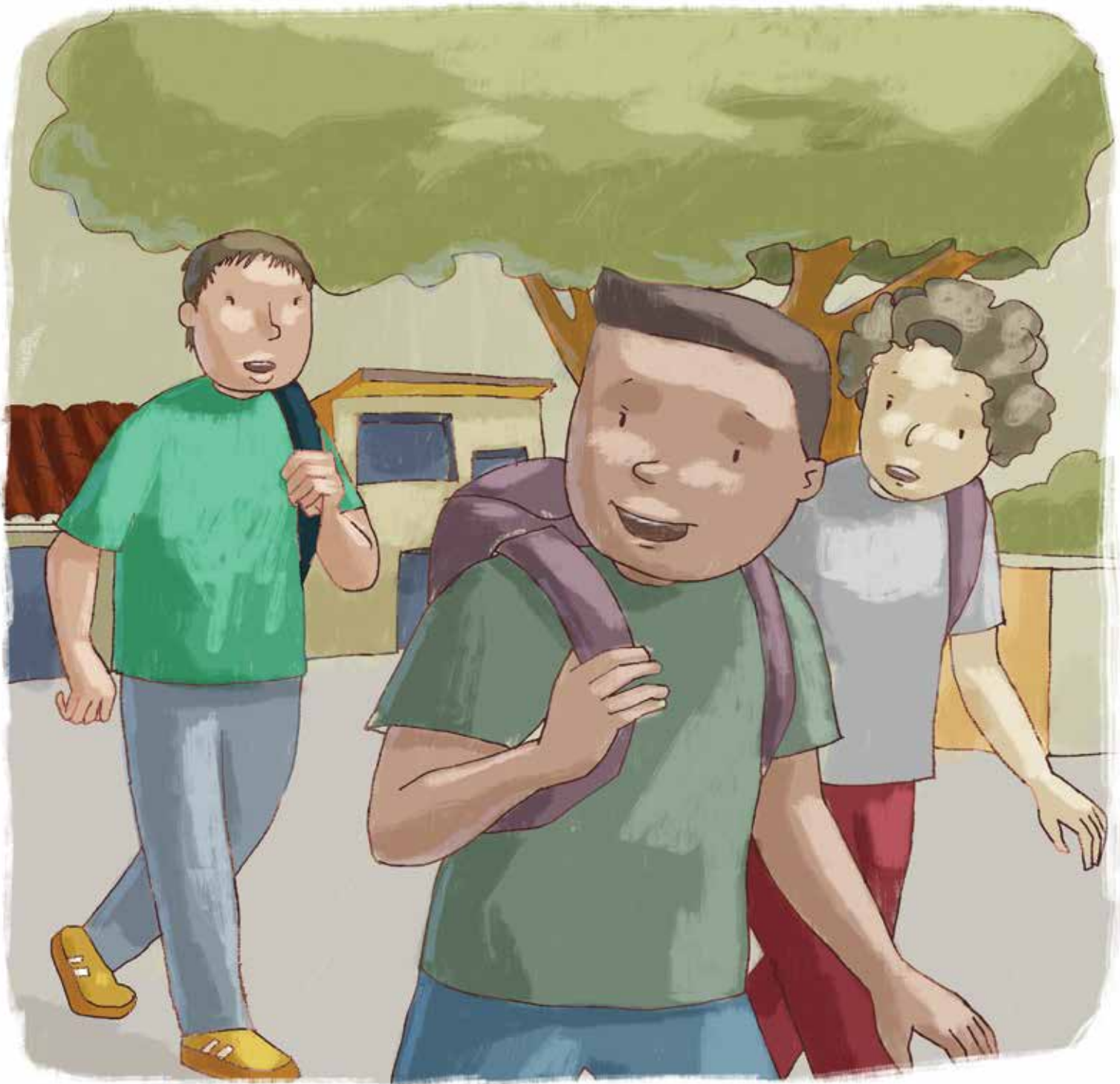
—¡No te hagas del rogar! —insiste Rogelio, y bromea animándolo a su modo—: Si llegamos tarde, Aldo nos pondrá a hacer lagartijas de castigo, y a ti no te gustan mucho que digamos.

Sin necesidad de pensarlo demasiado, Brandon acepta, un poco porque no le gusta nada hacer lagartijas de castigo, otro poco porque le encanta jugar, y un tanto más porque confía en lo que su papá le repite a diario: “Lo tuyo son los retos”.

Es el último día de entrenamiento antes del torneo. Después de la clase, Brandon quiere practicar tiempo extra y les pregunta a los chicos quién de ellos podría acompañarlo. Ellos, apurados por terminar sus proyectos para la exposición final del Curso de Verano, comienzan a echarse la bolita. Paco se la pasa a Jonathan, que la rebota a Daniel y éste a su vez se la manda a Luis. Por eso, cuando se escucha desde el fondo de la cancha un “yo me quedo”, se hace el silencio:

—Ya terminé mi proyecto, puedo practicar contigo —repite Toño, y cada uno de los chicos se acerca y le palmea la espalda antes de salir.

Empiezan a practicar corriendo desde un extremo de la cancha hacia la meta, lanzándose pases. Al principio, más que juego, parece un verdadero duelo. Toño zigzaguea, hace trucos con el balón. Brandon no lo pierde de vista, sigue con



cuidado cada una de sus acciones. Poco a poco, el juego va subiendo de nivel y la rivalidad va bajando de tono. Toño empieza a descubrir las habilidades de su compañero: es bueno para adivinar el instante en que el balón va a sorprenderlo; además, sabe colocarse para dar entrada a los pases.

El juego termina en el momento en que las tripas de Toño lloran de hambre y Brandon se muere por un poco de agua. Brandon saca de su mochila el sándwich y el termo. Toño saca de su barriga el hambre y la sed. De unas cuantas mordidas, Toño se empaca medio sándwich y luego, sobándose la barriga y muy sonriente, toma aire para decir:

—Eres bueno para jugar, ¿eh?



Faltan sólo unos minutos para que comience el partido y los dos equipos ya se encuentran reunidos. En la gradería, el público aplaude y los integrantes de ambas porras empiezan a circular pompones, gorritos y cornetas.

Los naranjeros de Kipatla saludan a sus rivales de San Andrés, uniformados de azul y blanco. El árbitro lanza la moneda y... el saque inicial es para Kipatla.

Toño se lanza al ataque como si fuera el único en su equipo. Olvidándose de sus compañeros, corre con el balón, zigzagueando hacia el área grande. Brandon y Roger están muy cerca de la portería; si Toño les mandara un pase, podrían anotar, pero no lo hace. Los esquivo buscando ser él quien anote el primer gol al equipo de San Andrés. Dispara y... el balón pega con fuerza en el travesaño.

San Andrés se ha salvado de recibir una anotación por parte de Kipatla, y de rebote, el balón ha ido a parar a la media cancha, donde lo esperan los blanquiazules de San Andrés. Los naranjeros se han quedado muy atrás y ahora están en desventaja. Es Beto, delantero del blanquiazul, quien tiene el balón y corre peligrosamente hacia la meta. Dispara y... Paco, el aguerrido portero de Kipatla, rechaza el tiro. Beto recupera el balón y se lanza de nuevo. ¡Es un mano a mano con el portero! Dispara con fuerza y... ¡Gool, goool, goooooool de San Andrés! Así termina la primera parte del partido: San Andrés, uno; Kipatla, cero.

Durante el descanso del medio tiempo, Aldo reúne al equipo para recordarles a todos, y especialmente a Toño, que dentro de la cancha no hay jugadores buenos ni malos, sino equipos unidos o divididos. Toño asiente y, antes de entrar de nuevo a la cancha, alcanza a decir: “Lo siento”.



La afición no se desanima; la porra de Kipatla se pasea por el campo, cantándole a su equipo mientras ondea una manta con la frase: “Yo soy Brandon. Juego futbol y también quiero estudiar”.



Arranca la segunda parte y el saque es para San Andrés. Después de algunos minutos, Kipatla por fin logra recuperar el balón. Es Rogelio quien se lo lleva, seguido muy de cerca por Ernesto, defensa del blanquiazul. Ernesto se barre violentamente, derribando a Rogelio. ¡El árbitro le marca una falta a San Andrés! A Rogelio le corresponde hacer un saque de banda. Le manda un pase a Jonathan, quien manda un tiro fallido.

Se nota la presión en el equipo naranja. El tiempo pasa y no logran emparejar el marcador.

Paco no deja de gritar instrucciones a sus compañeros.

Después de un par de idas y vueltas en las que San Andrés domina el balón, por fin Rogelio logra recuperarlo para Kipatla. Le envía el balón a Brandon, quien a su vez se lo cede a Toño, en un juego de ir y venir entre los dos compañeros. ¡Allá van, abriendo cancha y luciendo sus pases mágicos!

Brandon avanza, duda, está a punto de tirar y... ¡es increíble!, le cede la oportunidad a Toño, quien queda solo frente al portero, tira y... ¡Gol, goool, goooooool de Toño!

En la gradería, los gritos retumban: ¡Kipatla, Kipatla! Es saque para los naranjeros. Los jugadores de ambos equipos se ven agotados, pero no aflojan. Toño domina el balón, mientras que Ernesto, defensa de San Andrés, le hace sombra. Toño zigzaguea para engañarlo; Ernesto le mete el pie derribándolo y luego, fingiéndose herido, se deja caer. El árbitro se acerca. Toño ya se ha levantado; Ernesto se revuelca, sobándose una pierna. El árbitro le tiende una mano para que se levante; habla con él y... ¡Saca la tarjeta roja! ¡No se ha dejado engañar por el defensa blanquiazul!



Le corresponde a Toño cobrar el penal. Si logra anotar, es un triunfo seguro para su equipo, pues están a sólo un minuto del silbatazo final. El árbitro coloca el balón. Toño mira al entrenador. Él asiente y Toño se prepara. El público se arrebatata con las porras. Toño da un paso. Se detiene. Pide tiempo fuera. Se acerca a hablar con el profesor, quien a su vez habla con el árbitro. Al final, los dos asienten. Toño regresa a la cancha y se acerca a Brandon:

—Eres el mejor tirando a balón parado —le dice, señalando la meta.

“¡Vamos, Brandon!”, grita la gente en la gradería. Las voces parecen venir de muy lejos, haciendo eco en sus oídos. Brandon mira el balón, lo acaricia con los ojos. Como en cámara lenta, lo golpea desde un ángulo imposible. Y tal y como lo ha hecho en los entrenamientos, logra poner el balón en el único lugar por donde puede colarse un gol.

Los chicos celebran el triunfo de su equipo corriendo alrededor de la cancha, abrazándose entre ellos y rodeando a su entrenador. Paco organiza al equipo para que levanten en hombros a Brandon, que no para de reír. Toño corre gritando: “¡Lo logramos, lo logramos!”.

Minutos después, los equipos se forman de nuevo para la ceremonia de premiación. Un grupo de docentes de la Casa de la Cultura entrega el trofeo al equipo ganador. Es un balón adornado con varias cadenas de niños con las manos entrelazadas. El profesor Aldo recibe el trofeo y aprovecha para dirigirles a los chicos unas palabras.

—No pudo habernos tocado un mejor trofeo —dice levantándolo—. Este grupo de niños, unidos por el deporte, representa el verdadero valor del fútbol: el compañerismo. ¡Felicidades, campeones!

Los maestros y maestras organizan a los jugadores para tomarse algunas fotos que piensan exhibir en el cierre de actividades del Curso de Verano.

El profesor Menchaca se acerca a felicitar a Brandon, a su papá y a su mamá. La maestra Alicia no se queda atrás y les comunica la buena noticia de que han decidido aceptar a Brandon en la escuela. No solamente los ha



sorprendido por su desempeño en la cancha, que ha sido muy bueno; además, les ha enseñado que estudiar es un derecho de todos los niños y las niñas, y que la inclusión no sólo es posible, sino que es indispensable para que un grupo pueda dar lo mejor de sí.

Después de despedirse, los chicos se encaminan hacia la plaza, decididos a continuar festejando con unos buenos tacos. Brandon se separa del grupo un momento y se acerca a la profesora Alicia.

—Gracias por decir que sí quiere ser mi maestra.

Ella sonríe y le propone echarle muchas ganas, a lo que Brandon responde:

—¡Va!



Para que conozcas más...

¿Qué es el síndrome de Down?

Por desconocimiento, la gente suele pensar que el *síndrome de Down* es una enfermedad, pero no lo es. Se trata de una *condición genética* con la que viven algunas personas, la cual se produce cuando un bebé nace con un cromosoma extra en el par 21, es decir, con 47 cromosomas en lugar de 46.

Las personas con síndrome de Down forman parte de la diversidad de personas que viven con una discapacidad cognitiva. Algunas de ellas presentan rasgos físicos particulares, como una nariz chata, ojos rasgados, orejas pequeñas y estatura baja, entre otros. Además, pueden presentar algunas limitaciones motrices; problemas con la audición, la vista, el lenguaje y la memoria auditiva; un tiempo de atención voluntario limitado; dificultades con el pensamiento y razonamiento; y problemas para aplicar el conocimiento a nuevas situaciones y para prevenir y secuenciar dificultades.

La discriminación escolar hacia niñas y niños con síndrome de Down

Los niños y niñas con síndrome de Down, al igual que las demás personas, quieren tener amistades y pertenecer a un grupo; lamentablemente, el desconocimiento o el temor hacia ellos limitan esa posibilidad.

Uno de los principales problemas que enfrentan dichas niñas y niños es la discriminación en las instituciones escolares, pues en muchas ocasiones son rechazados y excluidos por parte de los directivos o profesores. Además, son señalados de forma negativa y descalificados por sus compañeros y compañeras o por los padres y madres de éstos, pues no son considerados aptos para la convivencia ni hábiles para realizar estudios.

Con la *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México 2010* se obtuvo la siguiente información:

- 1 de cada 10 personas acepta sólo en parte la posibilidad de convivir con una persona con discapacidad, y un número similar de personas la rechaza.
- Más de la tercera parte de la población que vive con alguna discapacidad tiene muchas dificultades para realizar actividades laborales o escolares, o bien, no las realiza.

- 3 de cada 10 personas con discapacidad señalan dificultades para participar en las fiestas de su comunidad.
- A 1 de cada 5 personas con discapacidad se le dificulta hacer nuevas amistades o hablar con gente que no conoce.
- 6 de cada 10 personas con discapacidad consideran que en el país no se respetan los derechos de las personas con esa condición y que la sociedad no ayuda a la gente con alguna discapacidad, porque no se conocen sus problemas.

¿Qué es la inclusión educativa?

La *inclusión educativa* se refiere a la atención a todos los niños y niñas en centros educativos, considerando las necesidades educativas que tiene cada uno y respetando la diversidad de esas personas, es decir, sus diferencias socioculturales y personales —en cuanto a competencias, intereses y motivaciones—.

La inclusión educativa de los niños y niñas con discapacidad cognitiva implica ayudarlos a superar las barreras personales, institucionales o de recursos como actitudes de rechazo y modificar los programas educativos poco flexibles que dificultan su participación en todas las actividades educativas.

En una escuela inclusiva, todos los niños y niñas, independientemente de sus diferencias, pueden compartir el aula de clases y aprender juntos, creando un espacio de respeto y colaboración.

¿Cómo apoyar la inclusión de las personas Down en la escuela y en la sociedad?

Los niños y niñas con síndrome de Down pueden y deben ir a la escuela, que es un espacio de socialización e integración fundamental. Los hábitos, habilidades y conceptos que ahí aprenden son herramientas básicas para una vida independiente y productiva. La relación con otros niños y niñas —con y sin discapacidad— les enseñará a compartir, expresarse, respetar y hacerse respetar.

Una buena actitud y la disposición de apoyar son factores cruciales para lograr su inclusión, no sólo en la escuela, sino en la sociedad. Hay que brindarles un trato digno, sin sobreprotegerlos, para que puedan ser independientes. Se debe trabajar de forma coordinada con todas las personas que conforman la comunidad escolar, incluyendo a padres y madres de familia, para propiciar lo siguiente:

- Tratar a las y los estudiantes con síndrome de Down con igualdad y la

misma disciplina que se aplica a los demás estudiantes sin discapacidad.

- Enseñar a las niñas y niños Down los horarios, rutinas y reglamentos de la escuela de forma explícita, dándoles tiempo suficiente para que los aprendan.
- Cuidar que las reglas sean claras.
- Hablar directamente con ellos y reforzar lo que se les dice con expresiones corporales, ilustraciones y materiales concretos.
- Usar un vocabulario sencillo y familiar, procurando utilizar oraciones cortas.
- Darles tiempo para que procesen el lenguaje y den una respuesta.
- Darles instrucciones claras y cortas, y comprobar que las entiendan.
- Escucharlos con atención y respeto, para acostumbrarse a su manera de hablar.
- Permitir que se unan a actividades y juegos con otros niños y niñas sin discapacidad para fomentar su interacción social.
- Proporcionarles actividades de escucha y usar materiales visuales y táctiles para reforzar el lenguaje oral.
- Establecer ocasiones periódicas para que hablen en público.
- Integrarlos en la realización de actividades con otros alumnos y

alumnas que les sirvan de guía o modelo.

Es importante recordar que todos los niños y niñas con discapacidad cognitiva tienen aptitudes para su desarrollo personal y para aportar muchas cosas valiosas a su familia, a sus grupos de amistades, a su escuela y a su comunidad.

Reflexiona y actúa...

¿Se han presentado en tu escuela o comunidad situaciones de rechazo, falta de compañerismo y menosprecio hacia niños y niñas con características que los distinguen del conjunto de los demás? Muchas de estas situaciones se presentan por miedo e ignorancia.

Con tus compañeros y compañeras, elabora un periódico mural sobre la diversidad de personas que existe en tu escuela y cómo se pueden generar actividades que promuevan la aceptación de los niños y niñas con discapacidad cognitiva, tales como la creación de cuentos, talleres y dinámicas respecto al reconocimiento y respeto de las diferencias. Propongan actividades recreativas, deportivas y culturales que incluyan la participación de niños y niñas con discapacidad, de manera que puedan ejercer su derecho a la participación activa.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Brandon, uno más en el equipo
se terminó de imprimir en noviembre de 2014
en los talleres de Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), San Lorenzo 244,
col. Paraje San Juan, del. Iztapalapa,
C. P. 09830, México, D. F.

Se tiraron 10000 ejemplares.



Brandon es nuevo en Kipatla y nada le está saliendo como esperaba. Su casa es muy distinta a la anterior, no puede encontrar su ropa y, además, parece que asistir a la escuela del pueblo no será muy sencillo. Un partido de futbol será su oportunidad para demostrarle a las demás personas que no necesitan tratarlo diferente.



SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta